



# Ulises y Yacir

Cristina Cerezales  
Laforet



DESTINO

# Ulises y Yacir

Cristina  
Cerezales Laforet

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1372

© Cristina Cereales, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-233-5104-6  
Depósito legal: B. 10.861-2016  
Impreso por Romanyà Valls, S.A.  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47-.

Las olas no brindan respuestas, pero ¿acaso él busca eso? ¡Para nada! Él sabe que no las hay, que se perdieron con todo lo demás. Las dejó junto al otro, aquel que ya no le habita, el que quedó abandonado en la otra orilla. A veces hasta puede sentirlo, esperando frente a la casa de Said, para cumplir con la cita y la promesa rota. Su madre es culpable de lo ocurrido. No puede perdonarla.

Empieza a atardecer y el mar oscurece. En la otra orilla estarán oyendo la voz del almuecín convocando a la oración. Cuando le habitaba el otro, esa voz se introducía en él y removía posos que revoloteaban en su interior y lo inundaban de paz.

En esta hora oscura Yacir permanece alerta. Espera lo imposible. El mar se va tornando violeta con reflejos dorados. Casi consigue desdoblarse y vivir dos situaciones de forma simultánea, como en una superposición. En una, están acodados Said y él a una baranda, atrapados en el embeleso de la espuma removida en círculos concéntricos del mar de Marruecos, se cuentan historias de brujerías y de barakas

mientras la voz profunda del almuecín los sobrecoge en una complicidad sin fisuras. Y al mismo tiempo está en la roca, en la orilla de España, recibiendo en la cara las salpicaduras de las olas que le trae el viento. Solo, inmensamente solo. Cierra los ojos.

Las aguas ya negras se tornan azules a rachas bajo los destellos del faro de Camarinal. ¿Lo conseguirá esta vez? Nunca lo ha podido recrear. Fija la mirada en el abismo oscuro, ¿a quién perteneció aquel instante? Él no ha sabido nunca contarlo ni revivirlo. Quizá debiera estar de nuevo hundiéndose en la muerte para recibir aquella llamada que lo arrastraba al paraíso. Fue un momento de felicidad diferente a todo lo que ha vivido. ¿Estarán Aisha y Samia junto a Alá? Su madre le reprocha que no las haya llorado. Ella se pasa el día llorando como si con ello pudiera regresarlas, volver al pasado. Yacir fija la mirada en las olas, se siente atraído por el abismo al que podrían arrastrarlo. Aparta los ojos. Podría ser Aisha Kandisha tratando de seducirlo. No debe confundir una cosa con la otra. Lo que él recuerda es diferente a todo, nada que ver con la bruja Kandisha, de eso está seguro. Fue como zambullirse en la eternidad en un paisaje divino, nunca podría explicarlo, ni siquiera a Dorotea —que se esfuerza tanto por entenderlo—, ni siquiera a Yamal, cuyos ojos lo devolvieron a la vida.

Tendrías que estar agradecido, le dice Melika.

¿Agradecido? ¿A qué? ¿A Yamal por sujetarlo a la vida cuando él quería escapar de ella? ¿A Dorotea por atender a este ser en el que ya no se reconoce?

Está bien, el Yacir de España agradece a los dos sus cuidados, si a eso se refiere su madre, pero que nadie se preste a confusión. Él no quería nada de esto. El verdadero Yacir quedó allá abandonado, aquí sólo queda un despojo sin vida propia.

Siente los miembros entumecidos por la postura y la humedad. Se levanta y estira los brazos al cielo. Si se atreviera a introducirse de nuevo en las aguas del mar, se entrenaría para cruzar el Estrecho a nado. ¡Qué sorpresa se llevaría Said si lo viera aparecer de nuevo por las calles de Tánger!, ¡qué abrazo se darían!, ¡qué carcajadas compartirían!

Se sube el cuello de la zamarra y afronta el viento en la cara. De pronto, un soplo de vida remueve la energía de sus catorce años, y se rinde por un instante, agradeciendo sinceramente a Yamal y a Dorotea que le estén enseñando de nuevo a vivir.

El sonido del teléfono lo pilla en un momento de concentración. Está completando su colección de dragones de agua y, por mucho que se esfuerce, hay colores que, tal como los presentan en el libro, le parecen imposibles de conseguir por lo menos con las acuarelas que él tiene. Si no fuera porque a esa hora suele llamar Dorotea, no habría hecho caso del timbre, porque a ese teléfono sólo llaman los amigos de sus padres; con los suyos se comunica por el WhatsApp del móvil. Se limpia las manos y no llega a tiempo. El sonido ha cesado. Aprovecha la interrupción para comprobar la hora y apresurarse a recoger todos los bártulos de pintura. Dentro de poco va a llegar su madre y más le vale que lo pille estudiando. Como si la persona al otro lado de la línea hubiera adivinado sus movimientos, vuelve a sonar el teléfono cuando acaba de recoger. Al oír la voz de Dorotea, Ulises se lleva el inalámbrico a su cuarto y se instala cómodamente para charlar con ella.

—No estoy solo —contesta a su primera pregunta—, estoy con Plaf.

—...

—No, no es un amigo. Bueno, sí, es muy amigo, pero no es un chico, es un perro. Me lo regaló mi padre el día de mi cumpleaños.

—...

—Doce, aunque ya pronto trece. Decía mi padre que me regaló a Plaf porque hablaba demasiado yo solo, y que le parecía más sano que hablara con un perro como hacía él de niño; pero no es verdad, quiero decir que no es verdad que hable solo, por lo menos en voz alta, lo que hago es pensar y puede que alguna vez se me escape alguna palabra.

Dorotea le pregunta por su afición al dibujo y la pintura y le recuerda que tiene guardados dibujos suyos de cuando era niño. Él se explaya entonces hablándole sobre los dragones, que son ahora su tema favorito, y sobre los colores irisados de los dragones de agua que está tratando de conseguir sin resultado.

Se ha tumbado en la cama, con las piernas cruzadas encima de la colcha, y ha permitido a Plaf acomodarse a su lado para que Dorotea oiga sus gruñidos de placer y vaya conociéndolo un poco. Le gusta hablar con Dorotea. Le hace sentirse importante y lo entretiene porque es auténtica y le cuenta cosas divertidas, y aunque diga su madre que es mayor y que está enferma, por la voz no lo parece. Tiene que conseguir que le dejen ir a visitarla a esa casa que ella le cuenta que tiene a la orilla del mar. A él no le importa que esté enferma, él sabe cuidar. Ha cuidado muchos animales cuando vivía en la *urba* y tenían jar-



dín. Ella se ríe cuando se lo dice, y Ulises se pone colorado, allí en su cuarto, porque la risa de Dorotea demuestra que no está enferma, o al menos que no necesita cuidados.

—¿Cómo me imaginas? ¿Quién te ha dicho que a mí hay que cuidarme?

—No sé, pero tú me cuidaste a mí de pequeño, y ahora yo soy un experto en cuidados.

No ha querido revelarle que sus padres le hablaron de su enfermedad porque le avergüenza que, sabiéndolo, no corran a socorrerla. Él no es como ellos, él con sus amigos es legal y si Cefe, por poner un ejemplo, lo necesitara, él dejaría todo por atenderlo.

Dorotea le contesta que se lo agradece, pero afortunadamente, por ahora no necesita esos cuidados. Le pregunta de nuevo por sus amigos, ¿no tiene amigos? Sí que los tiene, pero ahora no puede verlos porque se ha mudado de casa. Antes vivían en las afueras, en una urbanización donde él conocía a todos los chicos, que además iban a su mismo colegio. Ahora se han mudado al centro de Madrid, bueno, no sabe si es el centro, está cerca de Colón, y su nuevo colegio está lejos y viene un autobús a recogerlo. Su madre se ha empeñado en cambiarlo de colegio porque éste nuevo es bilingüe y dice que eso es mejor para él. Menos mal que Alicia convenció a la madre de su amigo Cefe para que lo cambiara también a él. Aunque los dos protestaron por el cambio arguyendo que en el anterior se aprendía más, no les hicieron caso.

Dorotea lo escucha con atención, como si todo lo

que le contara fuera interesante. Él lo nota aunque no la vea, y por eso le encanta seguir respondiendo a sus preguntas.

—Al principio, sí. Lo pasé muy mal, como si me hubieran encerrado. El piso me parecía una jaula, y las calles, con tanto tráfico, no me gustaban nada. Pero ahora ya me he acostumbrado. Creo que mamá tiene razón y que yo era un exagerado porque me pasaba el día protestando sin ver las ventajas del sitio nuevo. Pero es que no las veía.

Ulises oye el ruido de la cerradura. Tiene que terminar la conversación pero no sabe cómo hacerlo sin que Dorotea descubra que están llegando sus padres a casa. Oye la voz de Alicia llamándolo. Tapa el auricular.

—Dorotea, te tengo que dejar, Plaf está muy nervioso y tengo que sacarlo a la calle. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?... Bueno, sí, llámame tú al número de móvil que te di.

Cuelga bruscamente. Alicia está llamando a la puerta de su cuarto él; la había cerrado con pestillo. Ulises hace que Plaf se baje de la cama y estira la colcha sacudiendo los pelos del perro y los restos de arena que han dejado sus deportivas, que había olvidado quitarse. Después, abre la puerta con calma.

—Toma —dice ofreciendo a su madre el inalámbrico—, seguro que lo buscabas.

—¿Por qué dices eso? —Alicia echa una ojeada a la cama y frunce el ceño.

—Porque siempre lo buscas cuando llegas a casa, para hablar con Regina.

Tiene razón su hijo, pero hay cosas que en la oficina no puede comentarle a Regina porque hay «orejas tendidas», como dice ella. Cambia de conversación.

—¿Por qué te habías encerrado? Ya sabes que no me gusta. —De pronto, Alicia dulcifica el tono de voz—. ¿Hablabas con una amiga?

—Sí.

Alicia lo estruja contra ella.

—¿Lo ves?, te dije que ibas a tener amigos y amigas a montones. No sabes cómo me alegro, pero no te cierres para hablar, nadie va a molestarte.

—Hablabas con Dorotea.

Alicia, que ha empezado a marcar el número de su amiga, se detiene.

—¿Ha llamado otra vez? ¿Te ha dicho qué quiere?

—Hablar conmigo, nos hemos hecho amigos. Le he dado mi número de móvil para que me llame cuando quiera. Con vosotros ya no quiere hablar.

—¡Dios mío!, ¿te lo ha dicho?

—No, pero lo sé yo. Me ha invitado a ir a su casa, que está al borde del mar.

—Tengo que hablar con ella. ¡Claro que quiere hablar con nosotros! ¿Qué es eso de que sólo quiere hablar contigo?

—Te digo que nos hemos hecho amigos. Además es mi madrina.

—No es tu madrina. Tú no estás bautizado.

—Tú me lo dijiste...

—Era una forma de hablar.

—Para ella no es una forma de hablar. Me cuidó cuando yo era pequeño y tú tenías trabajo.

—Es verdad que me ayudó mucho, pero entonces yo no trabajaba; era otra cosa... yo tuve una depresión —Alicia habla como para sí misma—. No sé qué habría sido de mí sin ella. Y lo correcto sería devolverle el favor, pero no es tan fácil. Ella tenía tiempo y yo no lo tengo. ¿Lo entiendes, hijo?

Ulises alza los hombros.

— ¿De qué habéis hablado?

—Me ha dicho que vive en una casa cerca de un monte y una playa, y que le gustaría que fuera a visitarla.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—¿Cómo va a ser ahora? Me imagino que será en vacaciones de verano, cuando acabe el cole.

Alicia se queda pensativa.

—Si pudiera ser antes...

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

—¿Y el cole?

—Eso lo arreglo yo con tu profe. Siempre me dice que vas muy adelantado... Además, faltarías sólo unos días, poco más de una semana, porque luego enlazamos con Semana Santa.

—Me habías dicho que en Semana Santa íbamos a ir tú y yo a París para que practicara el francés.

—Ya, pero lo haremos en otro momento, ahora no puede ser.

Ulises finge decepción, aunque ir a París solo con su madre no le apetezca demasiado. Se imagina re-

corriendo museos con ella o mirando la tele en el hotel mientras ella sale con sus amigos. La cara de decepción ha funcionado, ahora su madre se siente culpable y de esa situación siempre puede conseguir alguna ventaja.

—Es que tengo un viaje muy importante ¿sabes? Y todavía no he encontrado una solución para ti, porque a papá, ¡cómo no!, lo mandan también un tiempo fuera.

—Lo de papá ya lo sabíamos, lo que no sabíamos es lo tuyo...

—Mira, déjalo en mis manos, ¿a ti te apetece visitar a tu madrina?

Le gusta que reconozca que es su madrina. En eso se siente triunfador sin darse cuenta de que es ella quien lo está manejando.

—Lo de París lo haremos un día tú y yo solos, te lo prometo, esté o no tu padre de viaje. Además, Dorothea habla muy bien francés.

—A mí me gustaría que papá también viniera con nosotros...

Es verdad que le gustaría, no soporta que sus padres se alejen cada vez más el uno del otro. Últimamente, siempre sale en defensa de su padre; y no porque él se someta, al revés, es muy cabezota —tanto que a menudo reconoce que Alicia tiene razón en lo que defiende—, sino porque en las discusiones ella se pone muy nerviosa e interrumpe constantemente a su marido con la cantinela de que los argumentos que él esgrime son sólo excusas para librarse de sus obligaciones familiares. Ulises tiene la moles-

ta sensación de encarnar esas «obligaciones familiares» a las que alude su madre.

—Bueno, eso de que venga papá ya lo veremos. Contéstame a lo de antes, ¿a ti te hace ilusión visitar a tu madrina?

Ulises contesta con una mueca de indiferencia porque ya no sabe si le apetece o no. Le habría gustado más de otra forma, en verano, por ejemplo, y después de que Dorotea se lo hubiera propuesto por lo menos dos veces, no así, con tanta urgencia, como si en su casa estuvieran deseando librarse de él. También le hubiera gustado que su madre tratara de retenerlo en vez de mirarlo con esa impaciencia que delata las ganas que tiene de quitárselo de encima. Y él tampoco puede defenderse, porque sabe muy bien —ella se lo ha repetido muchas veces— que el trabajo de su madre es importante no sólo para ella, sino para todos. Cuando dice «para todos» se refiere a todos los españoles, porque trabaja en la política, para que el país funcione bien. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, Ulises le contesta que sí, que le gustaría ir con su madrina, y después le entra una tristeza que es como un peso sobre los hombros.

Alicia levanta la barbilla de su hijo.

—No te preocupes, lo vas a pasar muy bien. Dorotea es una persona magnífica. Yo soy una egoísta, lo reconozco, pero ella no, ya lo verás.

Al día siguiente, Ulises recibe en el móvil una llamada de Dorotea. Le dice que Alicia ha hablado con ella y le ha preguntado si podría recibirlo la semana siguiente. A ella le gustaría mucho, pero pri-

mero quiere saber su opinión. Eso es lo bueno de Dorotea, que siempre quiere conocer lo que él piensa de las cosas.

—Yo había pensado que sería mejor en verano —contesta Ulises confuso.

—Por supuesto. En verano también tienes que venir. Te va a gustar esto, Ulises.

—Pero es que... yo no sé si el colegio...

—Alicia me ha dicho que ha hablado con tu profesora y que no ha puesto pega. De todas formas, si tú no lo ves claro, coméntalo con tus padres. Yo sólo quiero decirte que para mí es también un buen momento, y que tengo muchas ganas de volverte a ver. Y por las clases, no te preocupes, que ya me encargo yo de ponerte al día.

Ulises no puede compartir el ánimo de su madrina. Se siente cohibido, como si su relación hubiera perdido fuerza al haber intervenido su madre. En esta historia él era el héroe protector de Dorotea, una mujer mayor y enferma a la que sus padres no podían atender. Y ahora resulta que vuelve a su papel de siempre: alguien a quien hay que encajar en la vida de los otros como sea.

—Me hace ilusión que conozcas a Yacir —le comenta Dorotea, que parece adivinar su desánimo—. Es un chico estupendo y te necesita.

—¿A mí?

—Sí. Él no lo sabe, pero yo sí.

Eso de que ese chico lo necesite sin saberlo le

pone nervioso. Le parece que puede ser una de esas cosas que se figuran los adultos y que vienen a enredarlo todo.

—Ya le he dicho a tu madre que puedes traer al perro. Esto es campo y lo pasará bien.

Ulises se lo cuenta a Plaf, le habla del viaje que harán juntos y de la casa donde van a pasar unos días como invitados. Trata de no pasarle su desánimo, y lo consigue, porque Plaf lo mira con devoción; y Uli vuelve a sentir un calorcito por dentro, como cuando hablaba con Dorotea antes de que interviniera su madre.

Y pensar que, cuando su padre le dijo que le iba a regalar un perro por su cumple, él le contestó «¡Ni se te ocurra!» porque se imaginaba el cabreo que iba a coger su madre cuando viera aparecer un perro en el piso. En eso se equivocó, pero es que está harto de peleas, prefiere prescindir de lo que sea antes que oírles gritar. Y, encima su amigo Cefe le dice que es por cobardía, porque no se atreve a enfrentarse. Ya le gustaría verlo a él con una madre como la suya. Se había enfrentado a su madre cuando ella le dijo que no podía prepararle la fiesta de cumpleaños que le había prometido y que tenía que llamar a sus amigos de la *urba* para cancelar las invitaciones. Ya lo creo que se había enfrentado: había llorado y había gritado, y le había dicho que llamara ella a sus amigos porque él no pensaba hacerlo. Ella cogió su lista y los llamó uno por uno y, después, como él seguía cabreado, lo mandó a su cuarto sin cenar; eso es lo que había conseguido. ¡Suerte que no tenía apetito! Se



durmió vestido sobre la cama. Al día siguiente era su cumpleaños, y ella lo despertó con cariño, le dijo felicidades y le prometió que otro día harían la fiesta. Se le notaba mucho que estaba arrepentida. Quizá por eso, cuando su padre llegó con Plaf en brazos, no se produjo la escena que él había imaginado ¡Fue algo increíble! De todas formas, como el humor de su madre es cambiante, él la miró con cara de no tener nada que ver, lo cual era cierto —él había intentado evitar el problema—; pero su padre es un cabezota de cojones, en eso cree que su madre no exagera. Alicia se rió de su cara de inocente y, para sorpresa de Ulises, acarició al cachorrito en la cabeza y dijo que le caía simpático. Todo sucedió como en un instante mágico. A Ulises se le pasó el enfado por lo de la fiesta, a Alicia se le pasó el remordimiento por haber incumplido su promesa y Pablo estaba orgulloso por haberse salido con la suya y haber acertado.

Pasado ese primer instante, vinieron las reglas: Del perro te ocupas tú. De todo: de la comida, del paseo, de la limpieza, de todo. Tú o tu padre, que ha sido el responsable.

—Pero yo notaba que estaba contenta, Plaf. Y lo sigue estando, porque se nota mucho que te quiere y que tú también la quieres a ella, incluso más que a papá, casi tanto como me quieres a mí, que es el máximo que se puede querer.

La llegada de Plaf a la casa ha significado una bendición para Ulises. Desde que sale a pasear al perro ha empezado a perderle el miedo a las calles de Madrid. El cambio de vida —de una urbanización

en la periferia a la calle Goya, en pleno centro de la ciudad— lo había descolocado. Pero con Plaf le permiten estar más tiempo fuera, y se va a la plaza de Colón a saltar con el *skate*, y ha hecho algunos amigos —o por lo menos conocidos—, porque Plaf es muy simpático y se enrolla con cualquiera y él es muy bueno haciendo piruetas y despierta admiración. Entre los dos forman un buen equipo.

Ulises se estira.

—Es hora de salir, Plaf.

Coge el monopatín y la correa del perro, que no piensa utilizar salvo en el caso de que se crucen con una perrita atractiva. Alicia hace un gesto desde el teléfono para que se calle ese perro, que está alborotando y no la deja oír. Ulises se acerca a ella y le da un beso de despedida, y ella interrumpe un momento su conversación para indicarle que vuelva pronto y se ponga a hacer los deberes.

En la escalera se cruza con su padre.

—¿Adónde vais?

—Voy a patinar un rato.

—¿Y los deberes?

Le dan ganas de decir que ya los ha terminado, pero, aunque su padre parece distraído, lo más probable es que no cuele.

—Hoy tengo poca tarea, vuelvo enseguida.

Pablo lo mira con ternura.

—Si yo te comprendo, hijo. Los chicos tenéis que desfogaros, pero luego vienen las notas y los disgustos.

—No te preocupes papá; además, tengo que sacar a Plaf.

Ulises ya está fuera, subido en su monopatín. Respira hondo y sonrío a la vida. Puede que él esté insoportable, pero lo que a él le parece de verdad insoportable es la vida de sus padres, siempre con tanto trabajo o con la sensación de estar ocupados. Se siente libre deslizándose por la calzada hasta el parque. Se llevará el *skate* a Atlanterra, donde vive Dorotea. Plaf corre detrás de él y ladra bulliciosamente. Ahí están sus vecinos los *skaters*. Se acerca al pequeño grupo.

—¡Ya era hora, Uli!

Ulises hace una pirueta en el aire y se pone a rodar cuesta abajo. Los demás lo siguen.